

PERSONAJES.

DONA ANA.
SOLEDAD.
D. PEDRO.
EL DOCTOR.
GONZALO.
FRANCISCO.

La escena pasa en México.

Se estrenó este drama en México con extraordinario aplauso, á beneficio del primer actor D. Ricardo Valero, en el Teatro Arbeau la noche del 25 de Mayo de 1892.



ACTO PRIMERO.

Sala.—Puertas en el fondo y laterales.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD bordando en canevá.—DOÑA ANA leyendo junto á la mesa de estorbo de la sala á corta distancia de su hija.

SOLEDAD.

[Dejando el bordado y alejando el bastidor.]

Permíteme, madre mía,
que te interrumpa.

ANA.

(Dejando el libro y clavando la vista inquieta y curiosa en Soledad.)

¿Qué es ello?

Habla . . . !

SOLEDAD.

(Dudosa.) Si me lo permites . . .

ANA.

(Con ternura.) Sí, Soledad, por supuesto.

Dime con toda franqueza,
como esta tarde lo has hecho,

lo que pienses, lo que temas,
tus dudas y tus deseos.
Hasta hoy me abriste las puertas,
de par en par, de tu pecho,
y yo en cambio te he de hablar
sin ambages ni rodeos.

SOLEDAD.

(Como haciendo un esfuerzo.)

Pues es que, desde esta tarde,
acongojada no aliento.

Se confunden mis ideas....

Estoy aturrida...

ANA.

Entiendo.

SOLEDAD.

(Con más resolución)

Hay instantes que parece
que no vivo, que no siento,
y se me cae la aguja
de mis temblorosos dedos.
Tales cosas me dijiste
del matrimonio, que creo,
madre mía de mi alma,
que yo he soñado y aún sueño
en pesadilla espantosa,
con trasgos, brujas y espectros!
Me imagino que en el aire
va volando mi cerebro.
Que no existe la ventura,
que el placer es un ensueño,
y que es el amor la incúca

mentira de un devaneo,
que me perturba el sentido;
y que de tristeza muero,
y que es locura querer,
y adorar y sentir esto
que ántes era mi alegría
y ahora es pena y sufrimiento....
Querer, madre, así, tantísimo
como á mi Gonzalo quiero....
Adorarlo.... idolatrarlo....
No sé decir más.... ¡no puedo!

ANA.

(Con calma obligada.)

Pues todo cuanto te he dicho
del matrimonio, es lo ménos
que de él pudiera decirte....

SOLEDAD.

*(Interrumpiéndola como quien sorprende un
pensamiento en su defensa.)*

¡Es el estado perfecto!

ANA.

(Después de un instante de vacilación.)

Eso dicen, hija mía,
porque no hay otro remedio.
Porque eso es lo menos malo
sin ser por eso lo bueno:
Porque la moral no encuentra
para la unión de los sexos,
manera más adecuada
de llenar nobles objetos,
humanas aspiraciones,

incontrastables deseos,
y la social conveniencia
que en todo ejerce su imperio!
Pero el que pueda evitar
caer en lazo tan tierno,
que es dogal, principalmente
para la mujer, de hierro,
debe evitarlo, hija mía...
Sobre todo, así lo pienso,
y porque lo pienso así
así decírtelo debo.
Además... tu complexión,
tu extraño temperamento:
impresionable... nervioso...
vivo... delicado... inquieto....

SOLEDAD.

Madre....

ANA.

¡Lo exageras todo!

¡Todo lo miras tan negro!

Hoy mismo me confesaste

Esos ridículos celos....

SOLEDAD.

(*Avergonzada.*) ¡Ridículos!

ANA.

Así es.

SOLEDAD.

¡Ridículos!

ANA.

Sí por cierto:
tener celos de Gonzalo

por sus amigos....

SOLEDAD.

Porque ellos

me le roban y le quitan

de venir á verme el tiempo!

ANA.

No pueden vivir los hombres
sin amistades.

SOLEDAD.

No es eso,

la exageración....

ANA.

Tú eres

quien exagera.

SOLEDAD.

Comprendo

que es preciso que Gonzalo
tenga amigos; pero creo,
que la hora que él me dedica
no es la hora en que debe verlos.

ANA.

No siempre puede escogerse.
Hay negocios del momento,
hay exigencias.... Y, en fin,
en fin, ya no hablemos de eso.
Tú debieras atenerte
á mis palabras, que siendo
consejos míos..

SOLEDAD.

Por tales

me dan terror tus consejos. (*Con profunda
aflicción.*)

Por eso el dolor me ahoga....

Siento.... ¡No sé lo que siento!

ANA.

(*Acercándose á Soledad con infinita ternura.*)

Escúchame, Soledad:

No me negarás, infiero,

que entre los maridos, son

más los malos que los buenos.

Que la mujer necesita

mucha prudencia y discreto

carácter y perspicacia

y cierto instinto.... de eso

que adivinación se llama,

y en días de sufrimiento,

saber, entre otras mil cosas,

mostrar semblante sereno

disimulando un agravio;

hacerse sorda al acento

de una grosera palabra

que suelta labio grosero;

dar halago y dar ternura

en cambio de menosprecio;

saber ahogar un sollozo,

saber callar un deseo,

y fingir una sonrisa

y esconder un sentimiento,

y velar una mirada

y ahogar en la boca un beso!....

Y, después, cuando ya duerme

el tirano en blando lecho

el que es el amo, el señor,

el poderoso y el dueño,

para no encender sus iras

ni interrumpir sus ensueños,

matar suspiros del alma,

matar gemidos del pecho,

y beberse un mar de lágrimas

entre tinieblas y duelos,

en larga y sombría noche

de pavor y de silencio!

Eso, hija mía, es difícil;

casi imposible el esfuerzo;

mas sólo cuando eso se hace,

cuando se sabe hacer eso,

no más puede el matrimonio

ser un estado perfecto;

que de no, como esta tarde

te dije, ni más ni menos:

es el lazo conyugal

un martirio el más horrendo....

Tras de eso viene el peligro

mayor.... el ansia, el deseo

de encontrar en otros brazos

la realidad de los sueños,

ilusiones ya perdidas,

amorosos devaneos,

necesidad de un amor

positivo, verdadero.

Y nunca falta un canalla,

de faz noble y ojos tiernos,

que pronuncie una palabra,
que ofrezca un Edén, un cielo,
que persiga, que seduzca:
perlas, flores, cintas, versos....
alegrías, esperanzas,
horizontes halagüeños,
promesas como murmullos,
seducciones como besos....
Y el alma débil, ansiosa
de paz, de dicha..... oye el ruego,
á él se rinde..... cede y cae,
paso á paso y trecho á trecho,
de un abismo en otro abismo,
de un infierno en otro infierno.
Esto es lo cierto del caso,
es la verdad de los hechos,
la práctica. ¡Lo de todos
los días y los momentos!

SOLEDAD.

¡No hay matrimonios felices!

ANA.

Si los hay, no lo sabemos.... (*Interrum
piéndola; luego, dice:*)

Ya sé qué vas á decirme
ya lo sé, corazón terco. (*Poniéndole una
mano en la boca.*)

Mas si acaso un hogar ves
tan claro como un espejo,
tan tranquilo como el agua
de lago azuloso y terso,
es que no se mira al fondo

ni se alcanza lo de adentro....
No se ven las suciedades
que están debajo, ni el cieno
que fermenta, donde el rayo
del sol no refleja el cielo....
Esto te digo, hija mía,
lo demás es mi secreto....
Eres muy niña y no puedes
saberlo todo.... Ea.... ¡un beso
Prescinde de esos amores
que no te convienen..... Veo
que te contrarío.

SOLEDAD.

(*Bajando los ojos.*) ¡Mucho!

Y á fé, mamá, que lo siento.

ANA.

¿No has escuchado hoy y ántes
mi palabra con respeto?

SOLEDAD.

Sí.

ANA.

¿Sumisa y obediente?

SOLEDAD.

Sí.

ANA.

¿Siempre?

SOLEDAD.

Sí.

ANA.

(*Con mandato.*) Pues hoy quiero
que más que nunca obedezcas!

¿Lo harás? (*Retirándose despues de darle un beso.*)

SOLEDAD.

Sí... ¡Pero no puedo!
(*El «pero no puedo» no lo oye Doña Ana.*)

ESCENA II.

SOLEDAD.

No puedo ¡ay Dios! prescindir
de Gonzalo ¡suerte cruel!
¡Cómo á mi madre he de oír
sin perecer, sin morir!
¡No podré vivir sin él! (*Breve pausa.*)
Sentir en el alma, amar
con tan cariñoso empeño,
tener, sin soñar, un dueño,
para mirarle pasar
lo mismo que pasa un sueño!
Eso no, no puede ser,
no se puede concebir
cómo se llegue á perder,
lo que es forzoso tener
para animarse y vivir.
Malo es pensar en la muerte,
malo es pedírsela á Dios;
pero en tan adusta suerte,
sólo la muerte es tan fuerte
para desasir á dos;
á dos que se quieren tanto
como mi Gonzalo y yo.

¡Mas cómo tarda, Dios santo!

Calmaría mi quebranto

él que la dicha me dió.

No escucha mis tristes quejas
hoy que la angustia me inmola.

(*Aparece Gonzalo.*)

¡En vez de venir te alejas!...

¡Ah! ¡Gonzalo!... ¿por qué dejas
á tu Soledad, tan sola!

ESCENA III.

GONZALO, SOLEDAD.

GONZALO.

¡Tienes razon!... he tardado;
pero no es todos los dias.

SOLEDAD.

¡Tanto te necesitaba!

GONZALO.

Tú siempre me necesitas.

SOLEDAD.

A eso te atienes, ingrato,
pero hoy más.

GONZALO.

Pues vamos, diga,

diga mi amor qué le pasa,
¿por qué se dobla y suspira?

SOLEDAD.

Porque anoche... anoche tuve
uua horrible pesadilla.

GONZALO.

¿Una pesadilla? ¿Y quién

se cura de pesadillas?
¿Quién hace caso de un sueño
que al despertar se disipa?

SOLEDAD.

Soñé que mi madre . . . ¿sabes?
Mi madre, mi madre misma,
me ordenó romper contigo.

GONZALO.

¡Que eso, Soledad, te aflija!

SOLEDAD.

Era el sueño tan hondo,
tan verdad, y la veía,
á ella, en tan clara manera,
tan patente, tan distinta,
que despues de abrir los ojos
y de restregar mi vista,
y de afianzar mis ideas
que volaban fugitivas,
pasádose un cuarto de hora,
y aun algo más todavía,
dudaba yo, si aquel trance
era verdad ó mentira!
y como los sueños son
presagios

GONZALO.

¡Qué bobería!

SOLEDAD.

Pues ántes de que ello fuera
soñé yo que me querías.

GONZALO.

Sabes que no hace verano

una sola golondrina.

SOLEDAD.

Cuando tu amor me confiaste
tambien lo soñé la víspera
Y una noche que soñé

que en horrenda fiebre ardías,
amaneciste, Gonzalo,
con calentura aquel día.

¡Con que ya ves tú, mi dueño,
qué enjambre de golondrinas!

GONZALO.

Pues esto sí, no ha de ser.

SOLEDAD.

(*Aparte.*)

(Pues ya fué.) (*Alto.*) Dios nos asista
de que no fallen los sueños
algunas veces sería

GONZALO.

Cuestion de no dormir nunca!
ó de vivir, hija mía,

en una lucha perpétua
y en agitacion continúa

Ea, alégrate ¡Qué flores!

(*Dándole un ramito de flores.*)

Mira ¡las hay más bonitas?

SOLEDAD.

No.

GONZALO.

Qué frescas!

SOLEDAD.

Qué lozanas!

GONZALO.

Qué risueñas!

SOLEDAD.

(*Suspirando.*) ¡Qué tranquilas!

GONZALO.

Pues así quiero que estén

Tu corazón y tu vida.

(*Tomando el sombrero.*)

SOLEDAD.

¿Ya te vas? Siempre es así.

Se dicen cosas muy buenas

y se hacen otras. Con irte

Gonzalo me intranquilizas.

GONZALO.

Voy, como siempre á mi cátedra,

(*Saca el reloj.*)

Ya pasó la hora, hija.

En cuanto termine, vuelvo.

SOLEDAD.

¿Pero vuelves en seguida?

Que no tardes. . . . Los discípulos

de muy poco necesitan.

para eso tienen sus libros.

GONZALO.

Adios primor. . . . adios linda.

SOLEDAD.

Adios, Gonzalo. . . . no tardes.

(*Le da su mano á besar.*)

GONZALO.

No mi bien, hasta la vista.

¡Oh! ¡Señor! Perdone vd.

(*Sale y se tropieza con D. Pedro que viene de la calle.*)

ESCENA IV.

PEDRO Y SOLEDAD.

PEDEO.

Abur. Por poco me tira.

SOLEDAD.

Padre. mi padre querido.

PEDRO.

No ha venido mi doctor todavía?

SOLEDAD.

No, señor.

PEDRO.

Y porqué no habrá venido?

Vaya con el tal Gonzalo.

(*Tocándose un hombro.*)

Le remataba la misa.

SOLEDAD.

Fué á cátedra.

PEDRO.

¡Qué prisa!

Me dolió.

(*Oprimiéndose el hombro.*)

SOLEDAD.

¿Te sientos malo?

PEDRO.

Cuándo no, cuándo hube calma?

Este dolor siempre crece.

(*Tocando su corazón.*)
Y hoy estoy que tal parece
Que va á salirse el alma!
¡Qué horrible palpitation!
¡Cómo estos golpes fatigan!
(*Sentándose y llevándose la mano al corazón.*)

¡Oh! yo estoy, por más que digan,
enfermo del corazón.

SOLEDAD.

No, papá.

PEDRO.

Pues sí, papá.

¡Que aprensiones! ¡Que los nervios!
¡Ah! Los eternos proverbios
De los doctores! Ya está....
Los nervios..... ¡grande bobada!
La aprensión! El que está vivo
O es nervioso ó aprensivo.
Nadie está enfermo de nada.
Es original.. pasmoso..
¿Qué tiene vd.?—Un dolor.
¿Calentura?—No señor.
Pues ¿entonces es nervioso.....
Pues con ó sin calentura,
Con esto que es nada ¿estás?
Nerviosidades no más,
¡Me voy á la sepultura!

SOLEDAD.

Papá... ¡me entristeces!

PEDRO.

Sí.

Lo comprendo.... pobrecilla;

[*Acariciándola.*]

Pero esta es mi pesadilla.

¡Qué quieres que haga de mí!.....

Qué quieres que haga, hija mía,

Si esto, que ninguno sabe,

lo que es, yo lo juzgo grave.

¡Dicen que es hipocondría!

Ay..... y en claro nada saco.

¡Nada! Pero ten presente

que padece horriblemente

un enfermo hipocondriaco.

Es mucha mi pena, mucha

esta extraña laxitud.....

¡Si tuviera juventud

para sostener la lucha!

Mi caracter ha cambiado

de tal modo.... ¿No es verdad?

SOLEDAD.

Tal vez.....

PEDRO.

Con la enfermedad

vivo sólo preocupado:

todo me molesta, todo

me parece un imposible,

y estando tan irascible,

que de todo me incomodo;

voy lentamente perdiendo

cariños y voluntades....

Si ya no tengo amistades!

SOLEDAD.

Pero papá.....

PEDRO.

Te comprendo.

SOLEDAD.

Y ahora que estaba tan triste.

PEDRO.

Triste tú! ¿Porqué razón?

SOLEDAD.

Tambien por el corazon.

PEDRO.

Y qué te hizo ó que le hiciste?

SOLEDAD.

Le hicieron.

PEDRO.

¿Quien?

SOLEDAD.

Pues..... mamá.

PEDRO.

A sabiendas.....

SOLEDAD.

Ya se sabe,

mamá quiere que yo acabe
mis relaciones.

PEDRO.

¡Bah..... bah!

Pues le confesaste al fin?

SOLEDAD.

Que le amaba? Sí, si tal,

en ocultarlo hacía mal.....

Y esta tarde en el jardín.....

PEDRO.

Me alegre.... hubieras dejado
que yo lo contase todo,
y habría encontrado el modo
que tu al fin no has encontrado.

Una madre es un abismo
de tantas preocupaciones.....

Madre, en estas ocasiones,
es sinónimo de egoismo!

No se acuerda que ella fué
en el nido de su hogar,
lo que la perla del mar
en su concha. Ya se vé.

¡Siempre en la vida se olvida
al fin y á la postre, todo
lo que de uno ó de otro modo
fué pasión en nuestra vida!

En la existencia, jamás
olvidamos los cariños
que nos hicieron de niños....

Pero ¡ay, ay! de eso que es más,
de ese cariño profundo

que como tormenta nace,
que crece y revienta y hace
estrago tanto en el mundo,
que es si nace en alma ingrata
con nubes de desconuelos
y relámpagos de celos,
tempestad que hiere y mata:
de ese cariño, mayor

que otros tantos en la vida,
de ese, hija mía, se olvida
hoy tu madre.... de su amor.
Sí, se olvida de que ella
que ya de otro modo ama,
sintió inflamarse en su llama
su corazón de doncella;
llama de celeste aroma,
y de fuego soberano.....
Y vió acercarse al milano
—á mí— á la tierna paloma,
la avecilla de su hogar
vino á mi garra á caer.....
¡y á tí no te deja hacer
lo que ella hizo en tu lugar!
Y pues es á lo que creo,
injusta su tirantez,
ya verás, yo seré el juez;
mi señora esposa el reo.
Ana! [Llamando.]
SOLEDAD.
(Llamando.) Mamá!
PEDRO.
Yo la obligo.
SOLEDAD.
(Temerosa.) Si se enoja.
PEDRO.
No, no tal,
por esto, no es natural
que se moleste conmigo.
¡Ana! Llamando.]

Y oiré sus razones.....
Bah! yo te arreglo esa boda.
SOLEDAD.
Papá! (Haciéndole un cariño.)
PEDRO.
Y si se incomoda
le impondré mis condiciones.
ESCENA V.
D. PEDRO, SOLEDAD, doña ANA.
ANA.
¿Me llamas?
PEDRO.
Y con urgencia.
ANA.
¿Te sientes malo?
PEDRO.
Algo, sí,
más no se trata de mí....
es para una confidencia.
ANA.
Un secreto.
PEDRO.
Lo imagino.
ANA.
Pues permite que te exija.....
PEDRO.
Se trata de nuestra hija!
ANA.
¿De Soledad? ¡Ya adivino!